MADRID. EL 2 DE MAYO

I

Ileso pude salir del *Rayo*, ¡gracias á Dios!, y al recobrarme del quebranto, inanición y pavura de la tragedia naval, me faltó tiempo para trasladarme á Cádiz. Pero yo no escarmentaba, podéis creerlo. Mi alma infantil, atormentada por ilusiones varoniles, no anhelaba el reposo, sino el tanteo de nuevas aventuras. Mi afán era ensanchar el campo de mi vida, cambiar de escena y de ambiente, buscando más extenso conocimiento de personas y cosas. Ambicioso de vivir, aunque fuera con estrecheces, dolores y amarguras, puse todos mis pensamientos en la idea y propósito de salvar la enorme distancia entre Cádiz y Madrid. Y para que veáis, amados niños, lo que puede

una voluntad decidida, sin dinero, sin relaciones, con la tierra bajo mis pies y el cielo sobre mi cabeza, vi logrado mi deseo, y entré en la capital de España, calle de Toledo arriba, una fría tarde de noviembre. Verdad que llegué medio muerto, y sin otro amparo que el de la caridad pública; pero llegué y viví, recibiendo en tan dura ocasión los favores de mi amiga la divina Providencia.

Esta señora no me abandonaba, y por ella, á los pocos días de miseria y vagancia en las calles de la Villa, entré al servicio de una cómica muy salada. Habríais de ver al marinerillo de Trafalgar balanceándose en la vida de teatro, que es muy semejante á la del mar proceloso. Si antes había presenciado las embestidas de ingleses contra españoles, luego intervine en el rudo pelear de los bandos teatrales; y para engolfarme más en los golfos comiquiles, yo fuí también cómico, y representé dramas y aun tragedias, poniendo en el fingimiento toda el alma que había sabido poner en las funciones verdaderas.

Os asombraréis cuando os diga que por inspiradas relaciones y contactos de la vida, pasé de las más bajas esferas á las más altas, y de criado de actrices á paje de damas linajudas. Vi la grandeza de las casas aristocráticas; vi la confusión y laberinto de la Corte, y la marejada política que en ella se levantó, trayendo á la Historia los más graves sucesos. Puedo daros noticia de la persona del Rey Carlos IV, que regía ó aparentaba regir los destinos de esta nación, representada en una ideal nave del Ministro y Privado, don Manuel Godoy, que es el que manejaba el timón de la Reina María Luisa, del Príncipe de Asturias D. Fernando. A éste amaba el pueblo, personificando en él cualidades que nunca tuvo; al Favorito aborrecía, suponiéndole peor de lo que era.

M.C.D.2020

Pues esto vi, y sucesos presencié que no refiero por no fatigaros. Baste deciros que después de andar entre duquesas y cortesanos, entre príncipes de las armas y de las letras, di un tumbo formidable, que me arrojó de nuevo á la baja extracción donde nací; vaivén de la fortuna que no me espanto entonces, porque yo, en aquel mi fugaz paso por las cumbres, no me desvanecí ni perdí la conciencia de mi insignificancia. De aquel contacto con diferentes clases sociales saqué no pocas enseñanzas, saqué además mi conocimiento de personas altas y humildes; entre aquéllas, alguna encopetada señora; entre éstas, interesantes tipos de la majeza de Madrid.

Creeréis sin duda que de mi personal presencia en Trafalgar no obtuve ningún provecho; creeréis que, siendo yo tan pequeño, nada podía pegárseme de aquellas grandezas heroicas. Pues no estáis en lo cierto; algo aproveché del contagio: en mi alma quedaron grabadas, y no llevan trazas de borrarse, la idea del deber y el sentimiento del honor.

II

Hecho ya un hombrecito, de agradable trato y no mala figura, según me decían, entré en el año 8, de trágica memoria. De los años 6 y 7 traía yo buena carga de conocimientos; había cursado con provecho varias asignaturas de la ciencia del mundo, y en picardías de buena ley podría graduarme, con pocos repasos más que en Madrid me dieran. De lo que no venía cargado, sino muy ligero, sábelo Dios, era de maravedises, pues nunca me vi tan pobre. ¡Y gracias que podía vivir de mi trabajo! Mas antes aprendí el oficio de cajista, y en marzo del año 8 ganaba tres reales por ciento de líneas en el *Diario de Madrid*... Del arqueo

de mis tesoros, resultaba: dinero poco, amigos muchos, ilusiones sin cuento. Lo más positivo era el renglón de amistades; porque yo las tenía buenas y variadas. Ya las iré sacando á relucir conforme lo exija mi relato.

Como las horas de trabajo desgraciadamente no eran muchas, de noche me divertía en parrandas ó bailes de candil; de día paseaba con mis amigos, haciendo alto en tiendas donde había tertulias que en cierto modo eran las gacetas de Madrid. En ellas recogía yo y en ellas depositaba, como receptor y conductor de la opinión, los rumores de la vida pública, que desde los comienzos del año fueron vagos airecillos, luego corrían con soplo cortante y silbo molesto, y ya en marzo traían crujido y retemblor, amenazando huracanarse.

Siempre tuve afición á politiquear. La política de noticia inflada y de comentario patriótico me parecía un noble oficio. Ved aquí muestra de aquellos vientos que en marzo atronaban ya nuestros oídos:

En la tienda de D.ª Ambrosia de los Linos: «La gente de Palacio no sabe ya qué pensar. La cosa no es para menos. Temen á los franceses, que están entrando en España á más y mejor... Nuestro buen Rey dió á Napoleón permiso para que entraran fuerzas de camino para Portugal... Pero el permiso no autorizaba el paso de tantas tropas... Parece que ese perro de Napoleón se burla de la Corte de España, y no hace maldito caso de lo que trató con ella.»

En la zapatería de *Pujitos*: «Lo de Portugal ha resultado muy distinto de lo que se creía. Un General francés se plantó allá, y cuando la familia real se marchó para América, dijo: «Aquí no manda nadie más que el Emperador, y yo en su nombre. Vengan cuatrocientos milloncitos de reales; vengan los bienes de los nobles

que se han ido al Brasil con la familia real...» Créese que el ladrón de Godoy está dado á los demonios... Lo dicho: Napoleón les engaña á todos, y será pronto el amo de las Españas... ¡Y hay en Madrid quien cree que los franceses vienen á poner en el trono al Príncipe Fernando! ¡Buenos mentecatos están!»

En la botillería de Canosa: «Lo que fuere sonará. Si vienen con buen fin esos caballeros, ¿por qué se apoderan por sorpresa de las principales fortalezas y plazas? Primero se metieron en Pamplona, engañando á la guarnición; después se colaron en Barcelona, donde hay un castillo muy grande que llaman el Montjuich. Después fueron á otro castillo que hay en Figueras, el cual no es menos grande, el mayor del mundo, según dice Pacorro Chinitas, y lo cogieron también, y por último, se han metido en San Sebastián. Digan lo que quieran, esos hombres no vienen como amigos. El ejército español está trinando...; les digo á ustedes que echa chispas. El Gobierno del Rey Carlos IV está que no le llega la camisa al cuerpo, y todos conocen la barbaridad que han hecho dejando entrar á los franceses; pero ya no tiene remedio... ¿Y no saben ustedes lo que hoy se dice por Madrid? Pues que la familia real de España, viéndose cogida en la red por Bonaparte, ha determinado marcharse á América, y que no tardará en salir de Aranjuez para Cádiz.»

En el corro del amolador *Chinitas* (calle de Botoneras): «Amigos, ya tiene Napoleón dentro de España la friolera de cien mil hombres. Ha nombrado General en Jefe á un cuñado suyo que le llaman Murat ó *Murraz*, el cual dicen que salió ayer de Aranda para Somosierra... Y yo pregunto: ¿Hay quien sepa á qué viene esa gente? ¿Vienen á echar á toda la familia real?» Y un ciudadano llamado vulgarmente *Cuarta y Media* por su gigantesca estatura, partidario frenético del

Príncipe de Asturias, soltó este comentario patriótico: «¿Quién se asusta de tanta y tanta entrada de franceses? Pongamos por caso que vengan con mala idea. ¿Qué son cien mil hombres, aunque sean cien mil de á caballo? Con dos ó tres regimientos de los nuestros, pronto daríamos cuenta de toda esa turba... Y otra cosa os digo. Como Su Alteza D. Fernando se calce las espuelas, adiós *Murraz* y toda la Francia... ¡Que entren, dejarles que entren!»

III

Y ya que he nombrado á la gente del bronce, quiero presentaros á mi amigo *Pujitos*. Era el tipo que en los sainetes de D. Ramón de la Cruz se señalaba con la denominación de *majo decente*, es decir, un majo de oficio, no de los que para vivir necesitaban vender hierro en el Rastro, ó cortar carne en las plazuelas, ó degollar reses en el Matadero, ó vender aguardiente en *Las Américas*, ó machacar cacao en Santa Cruz, ó vender torrados en la verbena de San Antonio, ó lavar tripas allá por el portillo de Gilimón, ó freir buñuelos en la esquina del hospital de la V. O. T., ni honor se degradaban viviendo holgadamente á expensas de una mondonguera, ó castañera, ó de alguna de las muchas Venus salidas de la jabonosa espuma del Manzanares. Pujitos estaba con un pie en la clase media: era un artesano honrado, un hábil maestro de obra prima; pero tan hecho desde su tierna y bulliciosa infancia á las trapisondas y jaleos manolescos, que ni en el traje ni en las costumbres se le distinguía de los famosos Tres Pelos, el Ronquito, Majoma y otras notabilidades de las que frecuentemente salían á visitar las cortes y sitios reales de Ceuta, Melilla, etc.

Pujitos era español; gustaba de hablar cuando le

M.C.D.2020

oían más de cuatro personas, y tenía los marcados instintos del personaje de club; pero como entonces no había tales clubs ni milicias nacionales, fué preciso que pasaran catorce años para que Pujitos entrara con distinto nombre en el uso pleno de sus extraordinarias facultades.

Presentado este tipo, flor y nata de la Majeza, os diré que ya en aquellos días arreciaba en Madrid la feroz hostilidad contra el Príncipe de la Paz, á quien el pueblo suponía vendido á Napoleón. En Godoy se encarnaban los odios populares. Era preciso que hubiese un culpable, un reo de lesa patria. El pueblo es poco dado á las abstracciones; no comprendía que también el de la Paz había sido engañado, quizá el primer tonto, la más descuidada y torpe víctima del gran timo napoleónico. En Madrid empezó á formarse la tromba que fué á descargar en Aranjuez, donde Godoy á la sazón estaba la corte, y de aquí salieron las turbas populares y los cortesanos disfrazados de pueblo que en el Real Sitio dieron fin al valimiento del ensoberbecido y en mal hora encumbrado extremeño. En el patio de la taberna del famoso *Majoma* (calle del Humilladero) oí los primeros rugidos de la fiera popular, y fué un inspirado discurso del gran *Pujitos*. El *majo decente*, mezquino de talla, si bien de alma grande, morenito, con sus ojuelos abrillantados por los vapores que le subían del estómago al rostro, habló, subido en un banco, en esta pintoresca forma:

«Jeñores: Denque los güenos españoles golvimos en sí y vimos quese Menistro de los dimonios tenía vendío el reino á Napolión, risolvimos ir en ca el palacio de su sacarreal majestad pa icirle cómo estemos cansaos de que nos gobierne como nos está gobernando y que naa más sino que nos han de poner al Príncipe de Asturias, pa que el puebro contento diga: «El *Kirie*

eleyson cantando, ¡viva el Príncipe Fernando!» *(Fuertes gritos y patadas.)* Ansina se ha de hacer, que ínterin quel otro se guarda el dinero de la Nación el puebro no come, y Madrid no quiere al Menistro; conque, ¡juera el Menistro!, que aquí semos toos españoles, y si quieren verlo, úrgennos un tantico y verán do tenemos las manos. *(Señales de asentimiento.)* Pos sigo iciendo que esombre nos ha robao, nos ha perdío, y esta noche nos ha de dar cuenta de too, y hamos de ecirle al Rey que lo eche á presillo y que nos ponga al Príncipe Fernando, á quien por ésta (y besó la cruz) juro que lo efenderemos contra too el que venga, manque tenga enjércitos y más enjércitos. Jeñores: estamos ya hasta el gañote, y ahora no hay naa más sino dejarse de pedricar y coger las armas pacabar con Godoy, y digamos toos con el ángel:

El *Kirie eleyson* cantando,
¡viva el Príncipe Fernando!»

Copio tan sólo lo esencial, pues el discurso no se contuvo en términos tan concisos. No tardó en salir para Aranjuez la turbamulta, protegida, naturalmente, por los partidarios del Príncipe de Asturias. Y la caterva popular encontró allí multitud de conjurados de procedencia palatina y aun personajes de alcurnia que celebraban irónico carnaval vistiéndose con trajes plebeyos. Del Conde del Montijo se dijo que andaba por las calles del Real Sitio vestido de palurdo, con montera, garrote, chaqueta de paño pardo y polainas.

Por quehaceres y distracciones que en Madrid me retenían, y de que os hablaré luego, no presencié la brutal asonada, mixta de plebeya y palatina, que dió en tierra con el Privado. Pero testigos de probada imparcialidad, como el cura de aquella parroquia, D. Ce-

M.C.D.2020

lestino del Malvar, me dieron conocimiento casi exacto de lo que allí pasó. Fué una revolución chica y casera, promovida por el bando del Príncipe de Asturias y coronada por uno de los más fáciles éxitos que registra la Historia. La turba asaltó el palacio del Príncipe de la Paz, sin que en ninguna parte apareciesen tropas que la contuviesen ni guardias que le diesen el alto. Creyérase que se había dispuesto todo como un lance de teatro, con ensayo escrupuloso de actos y comparsas.

Mezclados con la caterva y distinguiéndose por el ardor de sus gritos, andaban multitud de cocheros, palafreneros y carreristas de Palacio, pinches y mozos de cuadra, lacayos del Infante D. Antonio y del Príncipe de Asturias. La muchedumbre forzó la puerta del Palacio, penetró como un huracán sin que ni un solo soldado le cortara el paso; corrió de un aposento á otro, destrozando cuanto encontraba; buscó al pájaro en su opulento nido, pero el pájaro se había ido por los aires, porque registradas todas las habitaciones no se encontró en parte alguna. Pueblo y servidumbre de Príncipes, no pudiendo saciar su ira en el antes poderoso y ya desdichado Godoy, hizo responsables de los errores de éste á los cortinajes, tapices, candelabros, consolas, pinturas, relojes... En la calle se encendió la indispensable hoguera, y los amotinados creían realizar una grave misión histórica y política arrojando al fuego todo lo que debía destruirse.

El violentísimo asalto y saqueo de la casa lo pasó Godoy en un desván, escondido dentro de un rollo de esteras, á medio vestir, enteramente ayuno, atormentado por los próximos rugidos de la fiera, y creyendo que entre su vida y su muerte no cabía el espacio de medio minuto... Así estuvo el hombre dos noches y un día. ¡Qué horas de angustia, qué larga y cruel expia-

M.C.D.2020

ción en tiempo tan corto! Al fin, la misma Guardia de Palacio le sacó de allí. Daba lástima y horror verle asido á los arzones de dos caballos, emparedado así para que las manos feroces de la plebe no alcanzaran á despedazarle. De este modo, recibiendo injurias, pelladas de barro y amenazas crueles, pudo ser conducido al cuartel de Caballería, donde le encerraron, dándole por lecho un montón de paja. Y si en aquel terrible *vía crucis* salvó la vida, debiólo, según se dice, á su mayor enemigo el Príncipe de Asturias, que deseaba su caída, pero no su muerte. Así acabó el Ministro universal, el Generalísimo de mar y tierra, el coloso de la fortuna, Conde de Evoramonte, Duque de Sueca y de la Alcudia, Príncipe de la Paz y Alteza Serenísima, Rey de hecho, árbitro de las inocentes Españas... El pueblo hizo justicia, groseramente... pero justicia al fin.

IX

Ved aquí, niños que empezáis á vivir, cómo se efectuó aquella revolución chica, que á muchos pareció grande porque ella fué signo del acabamiento de un reinado y del principio de otro. El Sr. D. Carlos IV abdicó en su hijo D. Fernando, y los partidarios de éste, que eran el bando esencialmente irreflexivo y sentimental de España, no cabían en sí de gozo. El 23 de marzo, á los cuatro días del motín de San José en Aranjuez, entraron en Madrid con no poca parambomba y ruido los franceses, que en el sentir de algunos madrileños venían á ornar de rosas el trono del nuevo Soberano, y á obsequiar á toda la familia hispana con jamones y longaniza. Ved aquí este suceso formulado por desgarrados jirones del rumor popular.

En la tienda de D.ª Ambrosia de las Lindes, señora crasa y hombruna, hablan varias parroquianas: «¿Cómo

no habéis ido á ver la entrada de los franceses? Pues hijas, les aseguro que ha sido un lindo espectáculo. ¡Qué majos son, válgame el santo Angel de la Guardia!... ¡Pues digo, si da gloria ver tan buenos mozos!... y son tantos, que me parece que no han de caber en Madrid. Pues vienen unos que andan vestidos al modo de moros, con bragas como los maragatos, pero hasta el tobillo, y unos turbantes en la cabeza con un plumacho muy largo. Pues hay otros, ¡Virgen!... ¡qué bigotazos, qué sables, qué morriones peludos y qué entorchados y cruces! Te digo que se me caía la baba... Á esos de los turbantes creo que los llaman los *zamacucos*. También vienen unos que son, según me dijeron, los *tragones de la Guardia imperial*, y llevan unas corazas como espejos. Detrás de todos venía el General que los manda, y dicen está casado con la hermana de Napoleón... Es ese que llaman el gran Duque de *Amurates* ó no sé qué. Es el mozo más guapo que he visto... ¡Y cómo se sonreía el picarón mirando á los balcones de la calle de Fuencarral! Yo estaba en casa de las primas, y creo que se fijó en mí. ¡Ay, hija, qué ojazos! Me puse más encarnada... Por ahí andan pidiendo alojamiento. Á mí no me ha tocado ninguno, y lo siento; porque la verdad, hija, esos señores me gustan.»

Y al siguiente día, 24 de marzo, solemne y triunfal entrada en Madrid del nuevo Rey Fernando VII. ¡Qué tumulto, qué delirio, qué exaltación de amor, de patriotismo, de esperanza! ¡Dios mío, cómo estaban esa Puerta del Sol, esa calle Mayor y esa calle de Alcalá! Por pequeños que seáis, niños queridos, habréis visto alguna de las grandiosas *entradas* con que nos obsequia cada año la Historia contemporánea. Para algunos, tales *entradas* son las mismas efemérides de la Nación. Pues en aquella del año 8, fueron extremados el gentío varonil en la calle y el femenino en los balcones. Hubo el

M.C.D.2020

meneo de abanicos al sol, el aleteo de pañuelos, el rugido, el apretujo, las oleadas de impaciencia, de alegría, la espuma de vivas y aclamaciones, el humo del entusiasmo; nada faltó de lo que constituye estas solemnidades; pero el delirio superó ciertamente á cuanto ha venido después; fué un delirio infantil, como de un pueblo acabado de nacer á la vida pública y que vive amamantado con la leche de la credulidad... Hasta que lo destetaron con desengaños no aflojó el pueblo en su ardiente fe y entusiasmo candoroso.

Un incidente agravó las apreturas de los que nos estacionamos en la Puerta del Sol. ¿Qué pasó?... Que el Gran Duque de Berg, Murat, quiso meter sus narices en aquella parte netamente española, y con toda su petulancia fachendosa ~~se presentó por la calle del Arenal~~ con vistoso séquito de dragones y mamelucos. Fué como si un pie quisiera entrar en una bota donde ya había otro pie. Al gemido de la oprimida muchedumbre siguieron el lamento, la protesta, el grito de dolor, y al fin estalló una tempestad de silbidos, reconvenciones é insultos. La antipatía del pueblo de Madrid á los franceses quedó en aquel instante bien manifiesta. Permanece bien grabada en mi memoria la figura de Murat al frente de sus jinetes gallardísimos. Era un escaparate de bordados, veneras, bandas, plumas y plumachos con una ondulante cabellera de añadidura.

En los días que á la *entrada* del Rey siguieron, la Historia se me escapa, ó me escapo yo de ella sin sentirlo, más atento á cosas propias mías que á las de la colectividad. Cuando nuestro espíritu se fatiga del volar continuo por los espacios de la vida general, gusta de recogerse en sí, descansa en su nido, y se duerme con la cabeza bajo el ala de la propia existencia. Esto me pasó á mí volviendo de la Política, materia de la Historia, encontré en mí el Cuento de Hadas, y en su

deliciosa ensoñación hallé mi felicidad por el momento. Así la poesía nos refresca y alivia el alma, resecada por la aridez de los hechos.

Familiarizados estáis con los Cuentos de Hadas; gustáis de ellos, aun sabiendo que son mentira. Pues el mío no lo es, aunque lo parezca; no lo es, aunque en su contextura veáis las formas más candorosas y sen-

cillas de la literatura infantil. Voy á repetiros la vieja fábula. Érase... ó había en tal reino una linda pastora... Sólo que aquí no es pastora, sino costurera, una costurerita como los ángeles. Pues señor: la pastora, digamos la modistilla, resultó que era princesita, nacida de una excelsa Reina... Sólo que en este caso no nació de una Reina, sino de una Duquesa... El núcleo del asunto es el mismo. Pues esta heroína de leyenda fué descubierta por vuestro servidor, y desde que la descubrí, hice propósito de no descansar hasta restituir á la gentil criatura en su estado y posición legítima. Y aquí me tenéis á mí, pobre cajista de una imprenta,

convertido á mi vez en héroe de cuentecillo caballeresco; aquí me tenéis avocado á que el mejor día me sorprenda el descubrimiento de que también yo soy medio príncipe ó príncipe entero.

Pues señor: sabed que encontré mi Cuento de Hadas en la humilde casa de un pobre Cura, llamado don Celestino del Malvar, el hombre más sencillo y candoroso que ha existido en el mundo. La niña un ángel de bondad, dulzura y belleza, era sobrina del Cura... No, no embarullemos: el Cura era hermano del esposo de la mujer que había pasado por madre de la niña. ¿Está esto claro? Entiendo que no. ¿Pero qué importa? Inés, que así se llamaba la pastorcita Princesa, ó modistilla ducal, que para el caso es lo mismo, fué recogida por D. Celestino, y en su poder estuvo en Aranjuez hasta que aparecieron otros tíos primos de su madre, de la figurada y putativa madre, ó la reclamaron. Eran personas más acomodadas que el Cura, y éste creyó que la Princesita ganaba en el cambio.

Desgraciadamente no fué así, porque los malditos tíos, ó lo que fueran, resultaron al modo de unos ogros ó carlancos de la misma procedencia fantástica y cuentista de esta infantil historia. No sólo martirizaban á la ideal criatura, sino que se valían de ella para expoliar á la casa ducal, amenazándola con la publicación de secretos papeles. Esto lo hacían confabulados con un curial llamado *Lobo*, y que lo era por la ferocidad de sus dentelladas contra personas ricas, valiéndose de documentos privados que allegar sabía con sutil travesura... Pues bien: yo fuí el descubridor de estos enredos infames de los tíos ó tiorros, y del mal trato que daban á la inocente Princesita. Y descubierto por mi agudeza el delito, me sentí príncipe, me sentí paladín de Cuento Azul, y realicé la más bonita y arrogante hazaña que podréis imaginar. Los tiorros eran unos

M.C.D.2020

M.C.D.2020

tenderos de la calle de la Sal, hermano y hermana. Pues yo, con el solo auxilio de un chico que en la tienda servía, llamado Juan de Dios, robé á la Princesa, y ello fué como si la sacáramos de un estrecho y ahogado castillo. Debieron ayudarnos invisibles genios, silfos y gnomos que habitaban en recónditas grutas de cristal. Sacamos á la tierna criatura, y con el respeto y devoción que inspiran las cosas santas, como si lleváramos en nuestras manos la hostia consagrada, la condujimos á la casa en que á la sazón vivía el curita D. Celestino, y en las manos de éste, tan puras como las de los ángeles, entregamos la persona de Inés.

Echado de Aranjuez como partidario que fué de Godoy, D. Celestino vino á Madrid y se alojó en la modesta casa en que yo vivía, calle de San José, barrio de Maravillas ó de los *Chisperos*. Esta calle, de vecindario mísero, se extendía recta desde la de Fuencarral á la de San Bernardo, y en ella está el portalón del *Parque de Artillería*. Cuando llegamos con la niña al domicilio del buen Cura, que era un piso principal bajando del cielo, amanecía; nos asomamos al único balcón de la casa, para contemplar la dulce aurora, y la Princesita, que con alegría risueña celebraba su libertad, se fijó en el paisaje urbano que desde aquellas alturas se mostraba.

«Esto que ves, Princesa, es el Parque de Artillería — le dijo D. Celestino. — En aquellos grandes edificios se alojan los artilleros. Mira, salen algunos con un carro para ir á casa del abastecedor en busca de las provisiones.

— ¿Y esas montañitas tan bonitas, formadas por cosas negras y redondas, iguales todas y puestas con mucho orden? — preguntó la niña sin dar tregua á su admiración.

—Esas son balas, chicuela—repuso el clérigo.—Los hombres han inventado esos juguetes para matarse unos á otros.»

Nos retiramos del balcón. Juan de Dios se fué. Don Celestino y yo deliberamos sobre los pasos que debíamos dar para que no nos arrebataran la Princesita. Y él dijo: «Dios nos protegerá. Pienso que este día será feliz y tendremos que marcarlo en piedra blanca.

—Marcado queda—dije yo,—es el *2 de Mayo de 1808.*»

V

Lo primero que resolvimos fué establecer inmediata comunicación con *Amaranta*, nombre mitológico que daban en la Corte á una señora de singular hermosura, gala y honor de la hispana grandeza. *Amaranta* era la clave de nuestro Cuento de Hadas. Á ella debíamos acudir dándole conocimiento de que la Princesita estaba en nuestro poder... No era flojo triunfo. Después ella resolvería, y como persona de indudable privanza en la Corte, sabría desbaratar con mano de justicia ó con unto de dinero las intrigas del *Licenciado Lobo* y de los infames tenderos de la calle de la Sal. Escrita por D. Celestino la carta para la gentil *Amaranta*, me despedí del Cura, el cual rezó un *Padre nuestro* y echóme sus bendiciones para que Dios me protegiera en mi humanitaria y difícil misión.

Alejándome todo lo posible del centro de la Villa, llegué á la plaza de Oriente, donde me detuvo un obstáculo casi insuperable, un gran gentío que, bajando de las calles del Viento, de Rebeque, del Factor, de Noblejas y de las plazuelas de San Gil y del Tufo, invadía toda la calle Nueva y parte de la plazuela de la Armería.

M.C.D.2020

Tan abstraído estaba yo en el probable desarrollo de mi Cuento fantástico, que durante algún tiempo no discurrí sobre la causa de aquella tan grande y ruidosa reunión de gente, ni sobre lo que pedía, porque indudablemente pedía ó manifestaba desear alguna cosa. Después de recibir algunos porrazos y tropezar repetidas veces, me detuve arrimado al muro de Palacio, y pregunté á los que me rodeaban:

«¿Pero qué quiere toda esa gente?

— Es que se van, se los llevan — me dijo un chispero, — y eso no lo hemos de consentir.»

El lector comprenderá que no importándome gran cosa que se fueran ó dejaran de irse los que lo tuvieran por conveniente, intenté seguir mi camino. Poco había adelantado, cuando me sentí cogido por un brazo. Estremecíme de terror, creyendo hallarme en las garras del Licenciado Lobo; pero no: era mi amigo Pacorro Chinitas, amolador de oficio.

«¿Conque parece que se los llevan? — me dijo.

— ¿Á los infantes? Eso oigo; pero te aseguro, Chinitas, que me tiene sin cuidado.

— Pues á mí, no. Hasta aquí llegó la cosa, hasta aquí nos aguantamos, y de aquí no ha de pasar. Tú eres un chiquillo y no piensas más que en jugar, y por eso no te importa. Tú no eres español, ó no tienes corazón, ni eres hombre para nada.

— Sí que soy hombre y tengo corazón para lo que sea preciso.

— Pues entonces, ¿qué haces ahí como un marmolillo? ¿No tienes armas? Coge una piedra y rómpele la cabeza al primer francés que se te ponga muy delante.

— Han pasado sin duda cosas que yo no sé, porque he estado muchos días sin salir á la calle.

— No, no ha pasado nada todavía; pero pasará. ¡Ah! Gabriel, lo que yo te decía ha salido cierto. Todos se

han equivocado, menos el amolador. Todos se han ido y nos han dejado solos con los franceses. Ya no tenemos Rey, ni más Gobierno que esos cuatro carcamales de la Junta.»

Yo me encogí de hombros, no comprendiendo por qué estábamos sin Rey y sin más Gobierno que los cuatro carcamales de la Junta.

«Gabriel — me dijo mi amigo, pasado un rato, — ¿te gusta que te manden los franceses, y que con su lengua, que no entiendes, te digan «haz esto ó haz lo otro», y que se entren en tu casa, y te hagan soldado de Napoleón, y que España no sea España, vamos al decir, que nosotros no seamos como nos da la gana de ser, sino como ese Emperador quiera que seamos?

— ¿Qué me ha de gustar? Pero eso es pura fantasía tuya. ¿Los franceses son los que nos mandan? ¡Quia! Nuestro Rey, cualquiera que sea, no lo consentiría.

— No tenemos Rey.

— ¿Pero no habrá en la familia otro que se ponga la corona?

— Se llevan todos los Infantes.

— Pero habrá Grandes de España y señores de muchas campanillas, y Generales y Ministros que les digan á los franchutes: «Señores, hasta aquí llegó. Ni un paso más.»

— Los señores de muchas campanillas se han ido á Bayona, y allí andan á la greña por saber si obedecen al padre ó al hijo.

— Pero aquí tenemos tropas que no consentirán...

— El Rey les ha mandado que sean amigos de los franceses y que digan á todo *amén*.

— Pero son españoles, y tal vez no obedezcan esa barbaridad; porque dime: si Francia nos quiere mandar, ¿es posible que un español de los que vistan uniforme lo consienta?

M.C.D.2020

— El soldado español no traga, no, *al extrangis;* pero son uno por cada veinte. Poquito á poquito se han ido entrando, entrando, y ahora, Gabriel, esta baldosa en que ponemos los pies es tierra del que llaman por mal nombre *Bonaparte.*

— ¡Oh, Chinitas! Me haces temblar de cólera. Eso no se puede aguantar; no, señor. Si las cosas van como dices, tú y todos los demás españoles que tengan vergüenza cogerán un arma, y entonces...

— No tenemos armas.

— Entonces, Chinitas, ¿qué remedio hay? Echémonos á llorar, y escondámonos en nuestras casas.

— ¡Llorar! — exclamó el amolador, cerrando los puños! — ¡Si todos pensaran como yo! No se puede decir lo que sucederá; pero... Mira: yo soy hombre de paz; pero cuando veo que estos condenados se van metiendo callandito en España diciendo que somos amigos; cuando veo que se llevan engañado al Rey; cuando los veo por esas calles echando facha y bebiéndose el mundo de un sorbo; cuando pienso que ellos están muy creídos de que nos han metido en un puño por los siglos de los siglos, me dan ganas... no de llorar, sino de matar, pongo el caso, pues... quiero decir que si un francés pasa y me toca con su codo en el pelo de la ropa, levanto la mano..., mejor dicho, abro la boca y me lo como. Y cuidado que un francés me enseñó el oficio que tengo. El francés me gusta; pero pero allá en su tierra.»

Durante nuestra conversación, advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de ambos sexos y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente reunidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informulados, que no parten de ninguna voz oficial y resuenan de improviso en los oídos de un pueblo, hablándole el

M.C.D.2020

balbuciente lenguaje de la inspiración. La campana de ese rebato glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos á palpitar en concordancia con su anhelante ritmo. Rara vez presenta la Historia ejemplos como aquel, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una condensación colosal, una unidad sin discrepancias ni distingos.

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fué rodear á un oficial francés que á la sazón atravesó por la plaza de la Armería. Bien pronto unióse al francés otro oficial, español, que acudía como en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más denuedo los hostilizaban; pero al poco rato una corta fuerza francesa puso fin al incidente. Como avanzaba la mañana, no quise ya perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; mas no había pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció cureñas en acelerado rodar por calles inmediatas.

«¡Que viene la artillería!» clamaron algunos.

Pero la presencia de los artilleros no dispersó á la multitud, que corrió frenética hacia la calle Nueva (1). La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y corrí allá también; pero un estruendo espantoso heló la sangre en mis venas, y vi caer no lejos de mí algunas personas, heridas por la metralla. Fué aquel uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo aterró á muchos, que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos á arrojarse sobre los artille-

(1) Hoy de Bailén.

M.C.D.2020

ros más en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que clamaban heridos ó moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión, y el gentío corrió hacia la calle Mayor. No se oían más voces que «armas, armas, armas.»

Los que no vociferaban en las calles vociferaban en los balcones, y si un momento antes los madrileños, en gran parte, eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría á su casa, á la ajena ó á la más cercana en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servía, con tal que sirviera para matar.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente dispuesta; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las salas y tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

VI

La calle Mayor y las contiguas ofrecían el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por el lenguaje. El que no lo vió, renuncie á tener idea de semejante levantamiento. Después me dijeron que entre nueve y once todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habíase propagado la insurrección como se propaga la llama en el bosque seco azotado por vientos impetuosos.

La irrupción de gente armada que venía de los ba-

M.C.D.2020

rrios bajos por la Plaza Mayor y los portales de Bringas era considerable. Hacia la esquina de la calle de Milaneses, frente á la Cava de San Miguel, presencié el primer choque del pueblo con los invasores, porque habiendo aparecido como una veintena de ~~hombres~~ franceses que acudían á incorporarse á sus regimientos, fueron atacados por una cuadrilla de mujeres, ayudadas por media docena de hombres.

Los extranjeros se defendían con su certera puntería y sus buenas armas; pero no contaban con la multitud de brazos que les ceñían por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos con un desorden y una multiplicidad semejante al de una lluvia de puñales; ni con la espantosa centuplicación de fuerzas menudas que, sin matar, imposibilitaban la defensa. Á veces esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no podía menos de ser generosa, pues cuando los enemigos aparecían en número escaso, se abría para ellos un portal ó tienda donde quedaban á salvo, y muchos de los que se alojaron en las casas de la calle Mayor debieron la vida á la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

No se salvaron tres de á caballo que corrían á todo escape hacia la Puerta del Sol. Se les hicieron varios disparos; pero irritados ellos, cargaron sobre un grupo apostado en la esquina del callejón de la Chamberga, y bien pronto viéronse envueltos por el paisanaje. De un fuerte sablazo, el más audaz de los tres, abrió la cabeza á una infeliz maja en el instante en que daba á su marido el fusil recién cargado. La imprecación de la furiosa mujer al caer herida al suelo, espoleó el coraje de los hombres.

Entretanto yo, olvidado de mi Cuento Infantil, seguí

M.C.D.2020

hacia la Puerta del Sol, buscando lugar más seguro, y en los portales de Pretineros encontré á Chinitas. La Primorosa salió del grupo cercano, gritando con frenesí:

«¡Han matado á Bastiana! Más de veinte hombres hay aquí, y denguno vale un rial. Canallas, ¿para qué os ponéis bragas si tenéis almas de pitiminí?

—Mujer — dijo Chinitas, cargando su escopeta, — quítate de en medio. Las mujeres aquí no sirven más que de estorbo.

—¡Cobardón, calzonazos, corazón de albondiguilla!— chilló Primorosa, pugnando por arrancar el arma á su marido.—Con el aire que hago moviéndome, mato yo más franceses que tú con un cañón de á ocho.»

De pronto uno de los de á caballo se lanzó al galope hacia nosotros, blandiendo su sable.

«¡Menegilda! ¿Tienes navaja? — dijo con desesperación la mujer de Chinitas.

—Tengo tres: la de cortar, la de picar y el cuchillo grande.

—¡Aquí estamos, espanta-cuervos!»—bramó la maja, tomando de manos de su amiga un cuchillo carnicero, cuya sola vista causaba espanto.

El coracero clavó las espuelas á su corcel, y despreciando los tiros, se arrojó sobre el grupo. Yo vi las patas del corpulento animal sobre los hombros de la Primorosa; pero ésta, agachándose ~~más ligera que el rayo~~ hundió su cuchillo en el pecho del caballo. Con la violenta caída, el jinete quedó indefenso, y mientras la cabalgadura expiraba ~~en~~ horrible pataleo, el soldado proseguía el combate, ayudado por otros cuatro, que á la sazón llegaron.

Chinitas, herido en la frente y con una oreja menos, se había retirado como á unas diez varas más allá, y cargaba su fusil en el callejón del Triunfo, mientras

la Primorosa le envolvía un pañuelo en la cabeza, diciéndole:

«¡Si te moverás al fin! No parece sino que tienes en cada pata las pesas del reloj del Buen Suceso.»

El amolador se volvió hacia mí, y me dijo:

«Gabrielillo, ¿qué haces con ese fusil? ¿Lo tienes en la mano para escarbarte los dientes?»

En efecto, yo tenía en mis manos un fusil, sin que hasta aquel instante me hubiese dado cuenta de ello. ¿Me lo habían dado? ¿Lo tomé yo? Lo más probable

M.C.D.2026

M.C.D.2020

es que lo recogí maquinalmente, hallándome cercano al lugar de la lucha, y cuando caía sin duda de manos de algún combatiente.

«Descosío — gritó la Primorosa, encarándose conmigo y dándome en el hombro una fuerte manotada,— coge ese fusil con más garbo. ¿Tienes en la mano un cirio de procesión?

—Vamos; aquí no hay nada que hacer»—afirmó Chinitas, encaminándose con sus compañeros hacia la Puerta del Sol.

Echéme el fusil al hombro, y les seguí.

En aquel momento no se veía ningún francés en toda la calle Mayor; pero no distábamos mucho de las gradas de San Felipe cuando sentimos ruido de tambores, después ruido de cornetas, después pisadas de caballos, después estruendo de cureñas rodando con precipitación. El drama no había empezado todavía realmente. Nos detuvimos, y advertí que los paisanos se miraban unos á otros, consultándose mudamente sobre la importancia de las fuerzas ya cercanas; no contaban con las poderosas divisiones y cuerpos de ejército que se acampaban en las cercanías de Madrid... Por la calle de la Montera apareció un cuerpo de ejército, por la de Carretas otro y por la Carrera de San Jerónimo el tercero, que era el más formidable.

«¿Son muchos? — preguntó la Primorosa.

— Muchísimos... Y allá por Platerías se siente ruido de tambores.»

Frente á nosotros y á nuestra espalda teníamos á los infantes, á los jinetes y á los artilleros de Austerlitz. Viéndoles, la Primorosa reía; pero yo..., no puedo menos de confesarlo..., yo temblaba.

Llegar los cuerpos de ejército á la Puerta del Sol y comenzar la embestida, fué obra de un mismo instante. Yo creo que los franceses, á pesar de su superiori-

M.C.D.2020

dad numérica y material, estaban más aturdidos que los españoles; así es que en vez de comenzar poniendo en juego la caballería, hicieron uso de la metralla desde los primeros momentos.

La lucha, mejor dicho, la carnicería era espantosa en la Puerta del Sol. Cuando cesó el fuego y comenzaron á funcionar los caballos, la guardia polaca, llamada *noble*, y los famosos mamelucos cayeron á sablazos sobre el pueblo. El peligro no me impedía observar quién estaba en torno mío, y así puedo decir que sostenían mi valor vacilante, además de la Primorosa, un señor grave y bien vestido que parecía aristócrata, y dos honradísimos tenderos de la misma calle, á quienes yo de antiguo conocía.

Teníamos á mano izquierda el callejón de la Duda, como sitio estratégico que nos sirviera de parapeto y de camino para la fuga, y desde allí el señor noble y yo dirigíamos nuestros tiros á los primeros mamelucos que aparecieron en la calle. Debo advertir que los tiradores formábamos una especie de retaguardia ó reserva, porque los verdaderos y más aguerridos combatientes eran los que luchaban á arma blanca entre la caballería. También de los balcones salían tiros de pistola y gran número de armas arrojadizas, como tiestos, ladrillos, pucheros, pesas de reloj...

Perdí de vista á nuestra Generala, la Primorosa, en uno de aquellos espantosos choques; pero al poco rato la vi reaparecer, lamentándose de haber perdido su cuchillo, y me arrancó el fusil de las manos con tanta fuerza, que no pude impedirlo. Quedé desarmado en el mismo momento en que una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular á la acera de San Felipe el Real. El anciano noble fué herido junto á mí: quise sostenerle, pero deslizándose de mis manos, cayó exclamando: «¡Muera Napoleón! ¡Viva España!»

Aquel instante fué terrible, porque nos acuchillaron sin piedad; pero quiso mi buena estrella que, siendo yo de los más cercanos á la pared, tuviera delante de mí una muralla de carne humana que me defendía del plomo y del hierro. La masa de gente se replegó por la calle Mayor, y como el violento retroceso nos obligara á invadir una casa de las que hoy deben tener la numeración desde el 21 al 25, entramos decididos á continuar la lucha desde los balcones.

Invadiendo la casa, la ocupamos desde el piso bajo á las buhardillas: por todas las ventanas se hacía fuego, arrojando al mismo tiempo cuanto la diligente valentía de sus moradores encontraba á mano. En el piso segundo, un padre anciano, sosteniendo á sus dos hijas que medio desmayadas se abrazaban á sus rodillas, nos decía: «Haced fuego; coged lo que os convenga. Aquí tenéis pistolas; aquí tenéis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcón y perezcamos todos, y húndase mi casa si bajo sus escombros ha de quedar sepultada esa canalla. ¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!....» Pero nos escaseó la pólvora, nos faltó al fin, y al cuarto de hora de nuestra entrada ya los mamelucos daban violentos golpes en la puerta.

Los franceses asaltaban la casa, mientras otros de los suyos cometían atrocidades en la de Oñate.

«¡Ya entran, nos cogen; estamos perdidos! — exclamamos con terror, sintiendo que los mamelucos se encarnizaban en los defensores del piso bajo.

— Subid á la buhardilla — nos dijo el anciano con frenesí, — y saliendo al tejado, echad por la caja de la escalera todas las tejas que podáis levantar. ¿Subirán los caballos de estos monstruos hasta el techo?»

Las dos muchachas, medio muertas de terror, se enlazaban á los brazos de su padre, rogándole que huyese.

M.C.D.2020

¡Huir! — exclamaba el viejo. — No; mil veces no. Enseñemos á esos bandoleros cómo se defiende el hogar sagrado. Traedme fuego, fuego, y apresarán nuestras cenizas, no nuestras personas.»

Los mamelucos subían. No había salvación. Pero algunos de los nuestros habíanse en tanto internado en la casa, y con fuerte palanca rompían el tabique de una de las habitaciones más escondidas. Al ruido acudí allá velozmente, con la esperanza de encontrar escapatoria, y en efecto, vi que habían abierto en la medianería un gran agujero por donde podía pasarse á la casa inmediata. Nos hablaron de la otra parte, ofreciéndonos socorro, y nos apresuramos á pasar.

Cuando pasamos á la casa contigua, yo no pensé más que en bajar inmediatamente á la calle. El Cuento de Hadas se posesionó nuevamente de mi espíritu, abriéndose paso por entre el humo y la sangre de la popular tragedia. Pensé que antes de acudir al Palacio de *Amaranta* debía volver adonde dejé las personas más caras á mi corazón, el Cura y la Princesita. Temía que en aquel barrio, donde enclavado estaba el Parque de Artillería, hubieran ocurrido choques más terribles que los de la calle Mayor y Puerta del Sol. Presagiando atropellos de casas, sacrificios de inocentes, sangre y desolación apenas puse el pie en la calle, yo no corría, volaba.

VII

En mi carrera no reparaba en los mil peligros que ofrecían las calles de Madrid. En la de Fuencarral, el gentío era espeso. Oíanse fuertes descargas, y cuando emboqué á la calle de la Palma por la casa de Aranda, gritos de guerra llegaron á mis oídos.

Era entre doce y una. Con un gran rodeo pude en-

M.C.D.2020

trar al fin en la calle de San José, y desde lejos vi el alto balconcillo de mi casa donde habían quedado don Celestino y la Princesita... Esta salió un momento al balcón, y al punto se retiró como asustada... Oí voces de triunfo.

Encontré á Pacorro Chinitas, que fué de los primeros en acudir á la jarana del Parque. Díjome que habían alcanzado una victoria, apoyados por las cuatro piezas que Daoiz echó á la calle. Pronto se convencieron de que los franceses no habían retrocedido sino para volver pronto con numerosa artillería. Así fué: cuando yo subía la escalera de mi casa sentí el rumor de la tropa cercana... Al verme entrar se alegraron extraordinariamente D. Celestino y la niña, y ésta me señaló una imagen de la Virgen, ante la cual habían encendido dos velas.

«Aquí, Gabriel — me dijo el clérigo — hemos presenciado actos de grande heroísmo. Los napoleónicos han sido rechazados.»

Con rápida y temblorosa frase contó la Princesita lo que había visto. «Ha sido tremendo... Primero, vimos que unos soldados daban golpes muy recios en la puerta del Parque... Después vinieron hombres y mujeres, muchos, muchos, pidiendo armas. Dentro del patio, un español con uniforme verde disputó un instante con otro de uniforme azúl, y luego se abrazaron, abriendo en seguida las puertas. ¡Ay, qué voces, qué gritos! Mi tío se echó á llorar y dijo también ¡viva España! tres veces... Al momento ¡pim! empezaron los tiros de fusil, y en seguida ¡pum! los de cañón, que habían salido empujados por mujeres... El del uniforme azul mandaba el fuego, y otro del mismo traje, pero que se distinguía del primero por su mayor estatura, estaba dentro disponiendo cómo se habían de sacar la pólvora y las balas... ¡Qué espanto! Humo, mucho humo, brazos

M.C.D.2020

levantados, algunos hombres tendidos en el suelo y cubiertos de sangre, y por todos lados el resplandor de esos cuchillos grandes que llevan en los fusiles.»

Al decir esto, un terrible cañonazo hizo estremecer la casa. «¡Vuelven! — exclamó con grito de terror don Celestino. — Pero los nuestros ganan, ganan siempre... ¡Virgen santísima, y tú Santiago, español santo, mirad por nosotros!»

Tan excitado estaba yo, que sin parar mientes en la Princesita ni en mi infantil leyenda, abrí resueltamente la ventana. Desde allí pude ver los movimientos de los combatientes. Funcionaban cuatro piezas. Los artilleros me parece que no pasaban de veinte; tampoco eran muchos los de infantería, mandados por Ruiz; pero el número de paisanos no era escaso, ni faltaban algunas heroicas amazonas de las que poco antes vi en la Puerta del Sol. Un oficial, de uniforme azul, mandaba las dos piezas colocadas frente á la calle de San Pedro la Nueva (1). Por cuenta del otro, del mismo uniforme y graduación, corrían las que enfilaban las calles de San Miguel y de San José (2), apuntando una de ellas hacia la de San Bernardo, pues por allí se esperaban más fuerzas francesas. La lucha estaba reconcentrada en la pequeña calle de San Pedro la Nueva, por donde atacaron los granaderos imperiales en considerable número. Para contrarrestar su empuje, los nuestros disparaban las piezas con la mayor rapidez posible, empleándose en ello lo mismo los artilleros que los paisanos, y auxiliaba á los cañones la valerosa fusilería que tras las tapias del Parque, en la puerta y en la calle hacía fuego incesante.

Cuando los franceses trataban de tomar las piezas á

---

(1) Hoy del Dos de Mayo.
(2) Hoy de Daoiz y Velarde.

M.C.D.2020

la bayoneta, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas, que causaban pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Austerlitz, al paso que el arma blanca en manos de estos aguerridos soldados no hacía gran estrago moral en la gente española, por ser ésta de muy antiguo aficionada á jugar con ella.

Cayeron algunos, muchos artilleros, y buen número de paisanos; pero esto no desalentó á los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de Artillería hacía uso de su sable con fuerte puño, sin desatender el cañón, cuya cureña servía de escudo á los paisanos más resueltos, el otro, acaudillando un puñado de hombres, se arrojaba sobre la avanzada francesa, destrozándola antes de que tuviera tiempo de reponerse. Eran los dos oficiales obscuros, sin historia, que en un día, en una hora, interpretando con alta inspiración la conciencia nacional, se anticiparon á la declaración de guerra por las Juntas y descargaron los primeros golpes mortíferos contra el poder napoleónico. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.

El estruendo de aquella colisión, los gritos de unos y otros, la generosa embriaguez de los nuestros, y también de los franceses, pues éstos evocaban sus recientes glorias para salir bien de aquel empeño, formaban un conjunto terrible, ante el cual no existía el miedo, ni tampoco era posible resignarse á ser inmóvil espectador.

Á pesar de que nuestras bajas eran [illegible] sas, todo parecía anunciar una segunda victoria. Así lo comprendían, sin duda, los franceses, retirados hacia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva; y viendo que para meter en un puño á los veinte artilleros, ayudados de paisanos y mujeres, era necesario refuerzo de todas armas, trajeron más gente, trajeron un ejército, y la

M.C.D.2020

división de San Bernardino, mandada por Lefranc, apareció hacia las Salesas Nuevas con varias piezas de artillería. Los imperiales daban al Parque, cercado de mezquinas tapias, las proporciones de una fortaleza, y á la heteróclita pandilla las proporciones de un pueblo.

Hubo un instante de silencio, durante el cual no oí más voces que las de algunas mujeres, entre las cuales reconocí la de la Primorosa, enronquecida por el continuo gritar... En aquel breve respiro me aparté de la ventana; pude observar el pánico de mís amigos y de las demás personas que llenaban la salita; á saber: nuestra patrona, Escolástica, otras dos mujeres, y el hijo de aquélla, un niño de diez años, llamado familiarmente *Polo* (Hipólito), travieso, espiritual, ávido de juguetes y diabluras patrióticas.

Súbitos disparos de cañón y fusilería nos aterraron. Creyérase que á nuestros pies reventaba un volcán. Las mujeres prorrumpieron en pavorosos chillidos é invocaciones á la Divinidad. Vi entonces que el inocente, el pacífico y angelical curita D. Celestino se enardecía, se transfiguraba, como si en su mísero cuerpo se hubiera introducido un alma bravía, desalojando el alma de mansedumbre... Asomábase al balcón, retrocedía con espanto, volvía los ojos á la imagen de la Virgen, y en sus labios se tropezaban al salir la plegaria y la imprecación. Así hablaba el buen clérigo: «¡Jesús, María y Santiago nos amparen! ¿No oís el grito de los pocos que aun viven? ¿No veis el arranque de esas bravas mujeres?... ¡Oh! Yo tiemblo... sostenedme... No, no; dejadme que coja un fusil... Gabriel, y tú también, también tú, Polo, y tú, Inés, y vosotras, vamos todos á la calle... Asómate, Gabriel; verás que los hombres que hacían fuego desde la tapia han perecido todos. No importa. Cada muerto no significa más sino que un

fusil cambia de mano... Mirad: avanza la artillería francesa... ¡Ah, perros, todavía somos muchos, aunque seamos pocos!... Venid, entrad... España tiene todavía piedras en sus calles para acabar con vosotros...»

Y volviéndose á mí, y sacudiendo mi brazo y el del inocente Polo, gritaba: «¡Ah, si yo tuviera veinte años como vosotros!... Gabriel, Polo, ¿sabéis lo que es el deber?... ¿Sabéis lo que es el honor? Pues para que lo sepáis, oid. Yo, que soy un viejo inútil; yo, que nunca he visto un combate; yo, que jamás he disparado un tiro ni aun para cazar; yo, que en mi vida he peleado con nadie; yo, que no puede ver matar un pollo; yo, que siempre he tenido miedo á todo; yo, que ahora tiemblo como una libre, y á cada tiro que oigo parece que entrego el alma al Señor, voy á bajar al instante á la calle, no con armas, porque armas no me corresponden, sino con mi persona consagrada para decir: «Españoles, muramos todos antes que rendirnos á esta canalla.»

Abrazáronse á él las mujeres llorando para contener su loco frenesí... Yo no pude contenerme más. Salí como un rayo. Escaleras abajo sentí tras de mí un golpeteo de pasos infantiles. Era Polo, que no descendía, sino rodaba de escalón en escalón... Pero no pudo alcanzarme.

VIII

Llegué á la calle en momentos muy críticos. Las dos piezas de la calle de San Pedro habían perdido gran parte de su gente, y los cadáveres obstruían el suelo. La de la calle de San José había de resistir el fuego de los franceses, sin más garantía de superioridad que heroísmo de D. Pedro Velarde y el auxilio de los tiros de fusil. Al dar los primeros pasos encontré uno, y me

M.C.D.2020

situé junto á la entrada del Parque, desde donde podía hacer fuego hacia la calle Ancha, resguardado por el machón de la puerta. Allí se me presentó una cara conocida, aunque horriblemente desfigurada, en la persona de Pacorro Chinitas, que incorporándose entre un montón de tierra y el cuerpo de otro infeliz ya moribundo, hablóme así con voz desfallecida:

«Gabriel, yo me acabo; yo no sirvo ya para nada.

—Ánimo, Chinitas—dije, devolviéndole el fusil que caía de sus manos;—levántate.

—¿Levantarme? Ya no tengo piernas. ¿Traes tú pólvora? Dame acá: yo te cargaré el fusil... Pero me caigo redondo. ¿Ves esta sangre? Pues es toda mía y de este compañero que ahora se va... Ya expiró... Adiós Madrid, ya me encandilo... Gabriel, apunta á la cabeza. Dios sea conmigo y me perdone. Nos quitan el Parque; pero de cada gota de esta sangre saldrá un hombre con su fusil, hoy, mañana y al otro día, Gabriel, no cargues tan fuerte, que revienta. Ponte más adentro. Si no tienes navaja, búscala, porque vendrán á la bayoneta. Toma la mía. Allí está junto á la pierna que perdí... ¡Ay! ya no veo más que un cielo negro. ¡Qué humo tan negro! Gabriel, cuando esto se acabe me darás un poco de agua... ¡Agua, Señor Dios... agua!»

Cuando me aparté de allí, Chinitas ya no existía. El combate llegaba á un extremo de desesperación, y la artillería enemiga avanzó hacia nosotros. Animados por Daoiz, los heróicos paisanos pudieron rechazar por última vez la infantería francesa, que en pequeños pelotones se destacaba de la fuerza enemiga.

«¡Ea!—gritó la Primorosa cuando volvió á comenzar el fuego de cañón.—Atrás, que yo gasto malas bromas. Soy la reina, soy la emperadora del Rastro, y acostumbro á fumar en este cigarro de bronce, porque no las gasto menos. ¿Quieren una chupadita? Pos allá va.»

M.C.D.2020

La brava mujer calló de improviso, porque la otra maja que cerca de ella estaba cayó violentamente, herida por un casco de metralla. De su despedazada cabeza saltaron, salpicándonos, repugnantes pedazos.

La esposa de Chinitas, que también estaba herida, miró el cuerpo expirante de su compañera. Debo consignar aquí un hecho transcendental: la Primorosa se puso repentinamente pálida y ~~repentinamente~~ seria.

M.C.D.2020

Llegó el instante crítico y terrible. Durante él sentí una mano que se apoyaba en mi brazo. Al volver los ojos, vi un brazo azul con charretera de capitán. Pertenecía á D. Luis Daoiz, que, herido en la pierna, hacía esfuerzos por no caer al suelo, y se apoyaba en lo que encontró más cerca. Yo extendí mi brazo alrededor de su cintura, y él, cerrando los puños, elevándolos convulsamente al cielo, apretando los dientes y mordiendo después el pomo de su sable, lanzó una imprecación, una blasfemia, que habría hecho desplomar el firmamento, si lo de arriba obedeciera á las voces de abajo.

En seguida se habló de capitulación y cesaron los fuegos. El jefe de las fuerzas francesas acercóse á nosotros, y en vez de tratar decorosamente de las condiciones de la rendición, habló á Daoiz de la manera más destemplada y en términos amenazadores y groseros. Nuestro inmortal artillero pronunció entonces aquellas célebres palabras: *Si fuerais capaz de hablar con vuestro sable, no me trataríais así.*

El francés, sin atender á lo que le decía, llamó á los suyos, y en el mismo instante... Ya no hay narración posible, porque todo acabó... Arrojáronse sobre nosotros. El primero que cayó fué Daoiz, traspasado el pecho á bayonetazos. Retrocedimos precipitadamente hacia el interior del Parque todos los que pudimos, y como aun en aquel trance espantoso quisiera contenernos D. Pedro Velarde, le mató de un pistoletazo por la espalda un oficial enemigo. Muchos fueron implacablemente pasados á cuchillo; pero algunos y yo pudimos escapar, saltando velozmente por entre escombros, hasta alcanzar las tapias de la parte más lejana. Allí nos dispersamos, huyendo cada cual por donde encontró mejor camino, mientras los franceses, bramando de ira, indicaban con sus alaridos que Monteleón había quedado por Bonaparte.

Difícilmente salvamos la vida; y no fuimos muchos los que pudimos dar con nuestros fatigados cuerpos en la huerta de las Salesas Nuevas ó en el Quemadero. Cuando traté de regresar, hallé cerrada la puerta de Santo Domingo, y tuve que andar mucho trecho buscando el portillo de San Joaquín. Por el camino me dijeron que los franceses, después de dejar una pequeña guarnición en el Parque, se habían retirado.

Dirigíme con esta noticia tranquilamente á casa, y al llegar á la calle de San José, encontré aquel sitio inundado de gente del pueblo, especialmente de mujeres, que reconocían los cadáveres. La Primorosa había recogido el cadáver de Chinitas. Yo vi llevar el cuerpo, vivo aún, de Daoiz en hombros de cuatro paisanos, y seguido de apiñado gentío. De D. Pedro Velarde oí que había sido completamente desnudado por los franceses, y en aquellos instantes sus deudos y amigos estaban amortajándole para darle sepultura en San Marcos.

Ya estaba cerca de mi casa, cuando vi un chiquillo que despavorido cruzaba la calle, dando voces. Era Polo... Le llamé; vino á mí.

«Se los han llevado... ¡ay! se los llevaron amarrados con una soga...

— ¿Á quién?

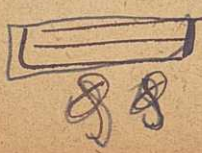
— Á la señorita Inés... y también... también al señor Cura, D. Celestino. Mi madre pudo escapar subiéndose al tejado.

— Pero ¿qué pasó?... ¿qué...?

— Los franceses dijeron que desde el balcón les habían tirado una cazuela de agua hirviendo. Fué don Celestino el que...

— ¡Jesús me valga!... ¿Y adónde los han llevado?... ¿Sabes?

—Por ahí dicen que los llevaron á la Casa de Correos.»



M.C.D.2020

¡Oh ansiedad, oh burla del destino! Corrimos Polo y yo hacia el centro de Madrid por calles invadidas de azorada y dolorida gente. Llegamos á la Puerta del Sol, y en todo su recinto no oíamos sino quejas y lamentos por el hermano, el padre, el hijo ó el amigo, sin motivo bárbaramente aprisionados. Se decía que en la Casa de Correos funcionaba un Tribunal militar. Á la entrada de las principales calles vimos una pieza de artillería con mecha encendida. Dieron las cuatro de la tarde, y no se desvanecía nuestra duda, ni de las puertas de la fatal Casa de Correos salía otra gente que algún oficial de órdenes que á toda prisa partía hacia el Retiro ó la Montaña.

De pronto oigo decir que alguien va por las calles leyendo un bando. Corremos todos hacia la del Arenal; pero nos es imposible enterarnos de lo que leen. Preguntamos, y nadie nos responde, porque nadie oye. Llegamos hasta los Caños del Peral, y al poco rato apareció un pelotón de franceses que conducían maniatados y en traílla, como á salteadores, á dos ancianos y á un joven de buen porte. Después de esta fatídica procesión, vimos otra no menos lúgubre, en que iban una señora joven, un sacerdote, dos caballeros y un hombre del pueblo en traje como de vendedor de plazuela. La tercera la encontramos en la calle de Quebrantapiernas, y se componía de más de veinte personas, pertenecientes á distintas clases de la sociedad.

Repetidas veces vimos que detenían á personas pacíficas y las registraban, llevándosela presas por si guardaban acaso algún arma, aunque fuera navaja para usos comunes. Yo llevaba en el bolsillo la de Chinitas, y ni aun me ocurrió tirarla ¡tales eran mi aturdimiento y abstracción! Pero tuvimos la suerte de que no nos registraran. Últimamente, y á medida que anochecía, apenas encontrábamos gente por las calles. Lleguéme

M.C.D.2020

á la Cuesta de la Vega y al palacio de *Amaranta*. El portero me dijo que Su Excelencia había partido dos días antes para Andalucía. Desesperado regresé al centro de Madrid, elevando mis pensamientos á Dios, como el más eficaz amparador de la inocencia, y traté de penetrar en la Casa de Correos. Al poco rato de estar allí procurándolo inútilmente, vi salir á un amigo mío, regente del *Diario:* venía con cara de tribulación. Á mis preguntas ansiosas contestó así: «Todos los presos que aquí estaban han sido llevados á la Moncloa, al Retiro... ¿Pero no conoces el bando? Los que sean encontrados con armas, *serán arcabuceados*... Los que se junten en grupos de más de ocho personas, *serán arcabuceados*... Los que hagan daño á un francés, *serán arcabuceados*... Los que parezcan agentes de Inglaterra, *serán arcabuceados*...»

En esto se me perdió Polo. Le busqué, le llamé... No podía yo perder tiempo y tiré hacia la Carrera de San Jerónimo. En mi camino encontré tan sólo algunos hombres que despavoridos corrían, y á cada paso lamentos dolorosísimos llegaban á mis oídos. Á lo lejos distinguí las pisadas de las patrullas francesas, y de rato en rato un resplandor lejano seguido de estruendosos disparos.

IX

Cómo se presentaba en mi alma atribulada aquel espectáculo en la negra noche, aquellos ruidos pavorosos, no es cosa que puedo yo referir, ni palabras de ninguna lengua alcanzan á manifestar angustia tan grande. Llegaba junto al Espíritu Santo, cuando sentí muy cercana ya una descarga de fusilería. Allá, en la esquina del palacio de Medinaceli, la rápida luz del fogonazo había iluminado un grupo, mejor dicho, un

M.C.D.2020

montón de personas, en distintas actitudes colocadas y con diversos trajes vestidas. Tras de la descarga oyéronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaron al fin en el silencio de la noche. Después algunas voces, hablando en lengua extranjera, dialogaban entre sí; se oían las pisadas de los verdugos, cuya marcha en dirección al fondo del Prado era indicada por los movimientos de unos farolillos de agonizante luz. Llegué al fin al Retiro, y en la puerta del primer patio me detuvieron los centinelas. Un oficial apareció en la entrada.

—Señor — dije juntando las manos y expresando de la manera más espontánea el vivo dolor que me dominaba, — busco á dos personas de mi familia que han sido traídas aquí por equivocación. Son inocentes; la

T. 2M.	6 1/2
D.	2 1/2
	9
Z.	3 1/2
Б	3.
C.	1
E.	2
a	3
	21 1/2

Princesita no arrojó á la calle ningún caldero de agua hirviendo, ni el pobre clérigo ha matado á ningún francés. Yo lo aseguro, señor oficial, y el que dijese lo contrario es un vil mentiroso.»

El oficial, que no entendía, hizo un movimiento para echarme hacia fuera; pero yo proseguí con fuertes gritos:

«Señor oficial, ¿será usted tan inhumano que mande fusilar á dos personas inofensivas, á una niña de diez y seis años y á un infeliz viejo de sesenta? No puede ser. Déjeme usted entrar: yo le diré cuáles son, y usted mandará que les pongan en libertad. Los pobrecitos no han hecho nada. Señor oficial, usted es bueno; usted no puede ser un verdugo. Un hombre como usted no puede deshonrarse asesinando á mujeres inocentes.»

Sin duda mi ruego, expresado ardientemente y con profundísima verdad, conmovió al joven oficial, más por la angustia de mis ademanes que por el sentido de las palabras, extranjeras para él, y apartándose á un lado me indicó que entrara. Hícelo rápidamente, y recorrí como un insensato el primer patio y el segundo. En éste, que era el de la Pelota, no había más que franceses; pero en aquél yacían por el suelo las víctimas aun palpitantes, y no lejos de ellas las que esperaban la muerte. Vi que les ataban codo con codo, obligándoles á ponerse de rodillas, unos de espalda, otros de frente. Los más agitaban los brazos al mismo tiempo que lanzaban imprecaciones y retos á los verdugos; algunos escondían con horror la cara en el pecho del vecino; otros lloraban; otros pedían la muerte, y vi uno que, rompiendo con fuertes sacudidas las ligaduras, se abalanzó hacia los granaderos.

Algunos acababan en el acto, pero los más padecían largo martirio antes de expirar. Hubo muchos que,

M.C.D.2020

heridos por las balas en las extremidades y desangrados, sobrevivieron, después de pasar por muertos, hasta la mañana del día siguiente los mismos franceses, reconociendo su mala puntería, les mandaron al hospital. Estos casos no fueron raros: yo sé de dos ó tres á quienes cupo la suerte de vivir después de pasar por los horrores de una ejecución sangrienta.

Casi sin esperar á que se consumara la sentencia de los que cayeron ante mí, los examiné á todos. Las linternas, puestas delante de cada grupo, alumbraban con siniestra luz la escena. Entre los inmolados y entre los que aguardaban el sacrificio, no vi á Inés ni á D. Celestino, aunque á cada instante me parecía reconocerles en cualquier bulto que se movía implorando compasión ó murmurando una plegaria.

En aquel trance doloroso una mano helada cogió la mía, y al inclinarme vi un hombre desconocido que dijo unas palabras y expiró. Repetidas veces pisé los pies y las manos de varios desgraciados; pero en trances tan terribles, parece que se extingue todo sentimiento compasivo hacia los extraños, y buscando con anhelo á los nuestros, somos impasibles para las desgracias ajenas... Corrí hacia otro extremo del patio, donde sonaban lamentos y bullicio de gentío, cuando un anciano se acercó á mí tomándome por el brazo.

«¿Á quién busca usted? — le dije.

— ¡Mi hijo, mi único hijo! —me contestó. — ¿Dónde está? ¿Eres tú mi hijo? ¿Eres tú mi Juan? ¿Te han fusilado? ¿Has salido de aquel montón de muertos?»

Comprendí por su mirada y por sus palabras que aquel hombre había perdido el juicio, y seguí adelante. Otro se llegó á mí y preguntóme á su vez á quién buscaba. Contéle brevemente la historia, y me dijo:

«Los que fueron presos en el barrio de Maravillas no han venido aquí ni á la Casa de Correos. Están en

la Moncloa. Primero los llevaron á San Bernardino, y á estas horas... Vamos allá. Yo tengo un salvoconducto, y podremos salir.»

Salimos, en efecto, y en el Prado aquel hombre corrió desalado y le perdí de vista. No puedo decir qué calles pasé, porque ni miraba á mi alrededor, ni tenía más ojos que los del alma para ver siempre dentro de mí mismo el espectáculo de aquella gran tragedia. Sólo sé que corrí sin cesar, que oí las dos en un cercano reloj y me encontré en la plazuela del Barranco, inmediata á los Caños del Peral. Medí con el pensamiento la distancia y corrí hacia allá. La desesperación aligeraba mis pasos... Pronto llegué á la portalada que da á la huerta del Príncipe Pío, donde vi tanta gente curiosa que era difícil acercarse. Quise introducirme, intenté conmover á los centinelas con ruegos, con llantos, con razones, hasta con amenazas. Pero mis esfuerzos eran inútiles, y cuanto más clamaba, más enérgicamente me impelían hacia afuera. Después de forcejear un rato, la desesperación y la rabia me sugirieron estas palabras que dirigí al centinela:

«Déjeme entrar. Vengo á que me fusilen.»

El centinela me miró con lástima, y apartóme con la culata del fusil.

«¡Tienes lástima de mí — continué, — y no la tienes de los que busco! No, no tengas lástima. Yo quiero entrar. Quiero ser arcabuceado con ellos.»

Desde fuera escuchaba un sordo murmullo, lúgubre concierto de plegarias dolorosas y de violentas imprecaciones. No hallando razones que convencieran á los centinelas, discurrí un [illegible] que me parecía salvador. Registré ávidamente mis bolsillos, como si en ellos encerrase un tesoro, y sacando la navaja de Chinitas, que aun conservaba, exclamé con febril alegría:

«¡Ah! ¿No veis lo que tengo aquí? Una navaja, un cu-

chillo aun manchado de sangre. Con él he matado muchos franceses, y mataría al mismo Napoleón I. ¿No prendéis á todo el que lleva armas? Pues aquí estoy. Torpes habéis cogido á tantos inocentes, y á mí me dejáis suelto por las calles.. ¿No me andabais buscando? Pues aquí estoy. Ved, ved el cuchillo: aun gotea sangre.»

Tan convincentes razones me valieron el ser aprehendido, y al fin penetré en la huerta. Apenas había dado algunos pasos hacia las personas que confusamente distinguía delante de mí, cuando un vivo gozo inundó mi alma. La Princesita y D. Celestino estaban allí, ¡pero de qué manera! En el momento de entrar yo, á ambos les ataban, como eslabones de la humana cadena que iba á ser entregada al suplicio. Me arrojé en sus brazos, y por un momento, estrechados con inmenso amor, los tres no fuimos más que uno solo.

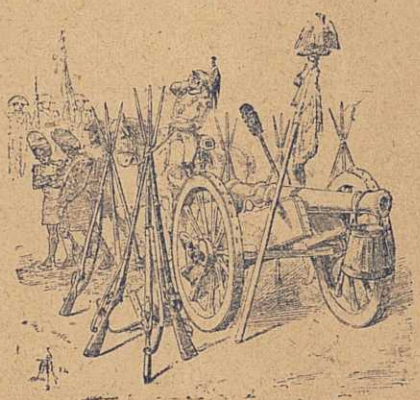
«¡Á mí, á mi también! —grité á los franceses con bárbaro delirio.—Ponedme á mí en la cuerda. Yo soy culpable, ellos no. Fusilad al mundo entero, pero poned en libertad á esta niña inocente y á este pobre sacerdote.»

El oficial francés que mandaba el pelotón miró á la Princesita, y viéndola tan humilde, tan resignada, tan bella, tan dulcemente triste en su disposición para la muerte, no pudo menos de mostrarse algo compasivo. Don Celestino, viendo aquella inclinación favorable, se echó á llorar y dijo también: «Todos nosotros hemos pecado, pero esta niña es inocente.» Las lágrimas del anciano produjeron más efecto que mi ardiente súplica... Inés y D. Celestino fueron desatados de la cuerda... y me ataron á mí...

Cuando me ataban, volví el rostro y ya no vi á mis amigos. Mi Cuento de Hadas se difundió en la claridad de la rosada aurora... Y allí me quedé con mi cuento

M.C.D.2020

trágico, cuyas últimas sensaciones apenas puedo contar... Un estruendo horroroso, después un zumbido dentro de la cabeza, y un hervidero en todo el cuerpo; calor intenso, seguido de penetrante frío; después una sensación inexplicable, como si algo rozara por toda mi epidermis; debilidad incomprensible que me hacía el efecto de quedarme sin piernas; palpitación vivísima en el corazón, y súbito detenimiento en el latido de esta víscera; después la pérdida de toda sensación en el cuerpo, y en el busto, y en el cuello, y en la boca, la inconsciencia de tener cabeza, la absoluta reconcentración de todo yo en mi pensamiento; después unas como ondulaciones concéntricas en mi cerebro parecidas á las que forma una piedra cayendo al mar...; después obscuridad profunda, misteriosamente asociada á un agudísimo dolor en las sienes..., un vago reposo, una extinción rápida, un olvido creciente, y por último... nada, absolutamente nada.



M.C.D.2020